



ESPIRIDION.

Cuando entré en clase de novicio en el convento de los Benedictinos, contaba apenas diez y seis años. Mi carácter apacible y tímido pareció, al principio, inspirar confianza y afecto; pero poco tardé en advertir como la benevolencia de los hermanos se cambió en frialdad: el padre tesorero, único que conservó algun interés hácia mí, me llamó varias veces aparte para decirme reservadamente que si no me vigilaba á mí mismo perderia el favor del prior.

Inútilmente le rogué que se explicára; colocaba un dedo sobre sus labios y alejándose con aire misterioso, solo me contestaba:

Bien sabeis querido hijo, lo que quiero deciros.

En vano traté de inquirir en que consistia mi crimen. Despues del mas escrupuloso exámen, érame imposible descubrir yerros bastante graves para merecer reprehension. Transcurrieron semanas y meses y la tácita reprobacion que sobre mí pesaba no

se mitigó. Inútilmente redoblaba mi fervor y mi celo; en vano velaba cuidadosamente sobre todas mis palabras y sobre todos mis pensamientos; de nada me servia ser el mas asiduo en los oficios y el mas ardiente en el trabajo; la soledad ensanchaba su círculo á mi alrededor; todos mis amigos me habian abandonado, nadie ya me dirigia la palabra. Los novicios menos regulares y merecedores parecian arrogarse el derecho de despreciarme; algunos llegaban á recoger los pliegues de su hábito al pasar por mi lado, como si temiesen el contacto de un leproso. Aunque recitase mis lecciones sin equivocarme una sola vez, aunque hiciese muy grandes progresos en el canto, profundo silencio reinaba en las salas de estudio, cuando mi tímida voz dejaba de resonar en la bóveda. Ni doctores, ni maestros me dirigian nunca una mirada de estímulo, mientras que novicios indolentes ó desaprovechados, veíanse colmados de elogios y recompensas. Cuando pasaba por delante del prior, desviaba la cabeza hácia otro lado como si mi saludo le causara horror.

Examinaba yo todos los movimientos de mi corazon y me interrogaba severamente para averiguar si el orgullo herido no tenia parte alguna en mis padecimientos; pero cabíame la satisfaccion de no haber perdonado medic alguno para combatir todo sentimiento de vanidad; sentia que mi corazon estaba tristísimo, profundamente tristísimo por el aislamiento á que se le habia condenado, por la falta de cariño y no por falta de diversiones ó de lisonjas.

Resolví acogerme al apoyo del único religioso que no podia esquivar, ni desatender mis confiden-

cias, mi confesor. Echéme á sus piés, y exúpsele mis dolores, mis esfuerzos para merecer suerte menos rigurosa, mis combates contra el espíritu de amargura que empezaba á nacer en mí, pero cuál fué mi consternacion cuando en tono glacial me contestó:

—Mientras no me abrais vuestro corazon con entera sinceridad y perfecta sumision, nada podré hacer por vos.

—¡Oh padre Hegesipo! contestele, podeis ver la verdad en el fondo de mi alma, pues nunca os he ocultado cosa alguna de cuánto en ella acontecia.

Levantóse entonces y me dijo con terrible acento:

—¡Miserable pecador, alma vil y perversa! bien sabeis que me ocultais un secreto formidable, que vuestra conciencia es abismo de iniquidades. Pero no engañareis á Dios, ni evitareis su justicia. Retiraos, apartaos de mí; no quiero escuchar mas tiempo vuestras hipócritas quejas. Hasta que la contricion haya hallado cabida en vuestro corazon, hasta que por medio de una sincera espiacion hayais borrado las manchas de vuestra alma, os prohibo acercaros al tribunal de la penitencia.

—¡Oh! padre! padre mio! exclamé, no me rechaceis así, no me reduzcais á la desesperacion, no me hagais dudar de la bondad de Dios y de la sabiduría de vuestros juicios. Soy inocente ante el Señor, apiadaos de mis padecimientos...

—¡Reptil audaz, gritó con voz de trueno, gloriáate de tu perjurio é invoca el nombre del Señor para apoyar tus falsos juramentos; pero déjame, apártate de mi vista, tu obstinacion me causa horror!

Hablando de esta suerte tiró de su hábito que tenia entre mis manos suplicantes. Asime á él con una especie de locura, pero me rechazó con toda su fuerza y caí de bruces en el suelo. Alejóse, cerrando tras si con violencia la puerta de la sacristía en donde tenia lugar esta escena quedando todo en la mas profunda oscuridad. Sea por la violencia de mi caida, sea por el exceso de mis pesares, se me rompió una vena de la garganta y tuve una hemorragia. Fueme imposible levantarme, me sentí desfallecer rápidamente y bañado en mi sangre, caí sin sentido sobre el pavimento.

Ignoro cuánto tiempo permanecí de este modo. Cuando empecé á volver en sí, sentí un fresco agradable; la brisa armoniosa parecia juguetear á mi alrededor, secaba el sudor de mi frente y movia blandamente mis cabellos; luego, creia oirla alejarse con un sonido vago, imperceptible, murmurando no sé que débiles palabras en los ángulos de la sala y volver hácia mí como para darme fuerzas y persuadirme á levantarme.

Sin embargo no podia determinarme á ello: experimentaba inesplicable bienestar y escuchaba con una especie de pacífica aberracion el susurro de aquel soplo de verano que se deslizaba furtivamente por las rendijas de una persiana. Entonces me pareció oír salir una voz del fondo de la sacristía, pero eran tan débiles sus acentos que no podia distinguir las palabras. Quedeme inmóvil concentrando toda mi atencion. La voz parecia elevar una de esas plegarias entrecortadas que se llaman oraciones jaculatorias. Por fin pude comprender claramente estas palabras: *Espíritu de Verdad, levanta las*

víctimas de la ignorancia y de la impostura. Padre Hegesipo, dije con imperceptible voz ¿sois vos que acudís á mí? Pero nadie contestó. Levanteme apoyándome en las manos y las rodillas, escuché aún, mas nada oí. Púseme en pié y paseé la vista á mi alrededor; habia caido tan cerca de la única puerta de aquella salita, que nadie, despues de la salida de mi confesor, hubiese podido entrar sin pasar por encima de mi cuerpo; además esta puerta solo se abría hácia adentro por medio de un pestillo de antigua forma. Toquele y asegureme de que estaba cerrado. Un terror violento se apoderó de mí y me quedé unos momentos sin atreverme á dar un paso. Arrimado de espaldas á la puerta, procuré traspasar con la vista, la oscuridad en que estaban envueltos los ángulos de la sala? Una ventanilla cerrada daba paso á un pequeño y pálido rayo de sol y el viento agitando el postigo engrandecía y achicaba sucesivamente la rendija que daba paso á tan débil luz, alumbrando el reclinatorio coronado con una calavera, algunos libros esparcidos por el suelo y una alba colgada en la pared. Todos estos objetos parecían moverse al unisono de la hojarasca que el aire agitaba detrás de la ventana. Cuando me convencí de que estaba solo, me avergoncé de mi miedo, hice la señal de la cruz y me dispuse á abrir el postigo, pero un profundo suspiro salido del reclinatorio me clavó en el sitio. Yo veia bastante bien el reclinatorio para estar bien cierto de que no habia nadie en él. Una idea que hubiese debido concebir mas pronto me infundió valor; álguien podia hallarse en la parte de afuera de la ventana, rezando, sin pensar en mí. ¿Pero quién tenia bastante atrevi-

miento para emitir votos y pronunciar palabras como las que habia oido?

La curiosidad, única pasion y única distraccion consentida en el clastro, se apoderó de mí. Adelanteme hácia la ventana, mas apenas habia dado un paso, cuando una sombra negra desprendiéndose, á mi parecer, del reclinatorio, atravesó la sala dirigiéndose á la ventana y pasó delante de mí como un relámpago. Tal fué la rapidez de este movimiento que no tuve tiempo de evitar lo que yo tomaba por un cuerpo y mi terror fué tan grande que estuve á pique de perder el sentido nuevamente. Pero nada mas ví y como si yo hubiese sido atravesado por la sombra, desapareció á mi izquierda.

Corrí hácia la ventana y empujé el postigo precipitadamente, recorri con los ojos, la sacristia. Estaba enteramente solo. Paseelos por el jardin, estaba desierto, solo el viento del mediodia balanceaba graciosamente las flores. Cobré ánimo y empecé á examinar los rincones de la sala, miré la parte posterior del reclinatorio que era muy grande. Sacudí las vestiduras sacerdotales colgadas de la pared, pero todo se halla en su estado ordinario y nada pudo darme explicacion de cuánto habia sucedido.

La vista de la sangre que habia perdido me indujo á creer que mi cerebro debilitado por la hemorragia habia sido juguete de alguna alucinacion y retireme á mi celda donde permanecí encerrado hasta el dia siguiente.

Dia y noche paselos llorando. La inanicion, la pérdida de sangre, los terrores de la sacristia, habian quebrantado todo mi sér. Nadie vino á soco-

rrerme, ni á consolarme, ninguno se curó de mi existencia y desde mi venta ví á los novicios despar-ramarse por el jardin. Los perros grandes, fieles guardianes del convento, corrieron alegremente á su encuentro y recibieron de ellos mil caricias. La vista de aquellos animales, cien veces mejor tratados que yo y otras tantas mas dichosos oprimió dolorosamente mi corazón.

Tenia demasiada fé en mi vocacion para concebir ideas de rebelion ó de fuga. Acepté esas humillaciones, esas injusticias y ese abandono como una prueba enviada del cielo, como ocasion propicia de contraer méritos para llegar á él. Postreme y oré, golpeé mi pecho, encomendé mi causa á la justicia divina y á la proteccion de los santos y al amanecer gusté de un dulce reposo. Desperteme sobresaltado por un sueño. Habiáseme aparecido el padre Alejo el cuál sacudiéndome violentamente me repitió con corta diferencia las mismas palabras que el sér misterioso me habia dicho en la sacristía.

—Levántate, víctima de la ignorancia y de la impostura.

¿Qué relacion podia tener el padre Alejo con esa reminiscencia? Ninguna. Solo que la vision de la sacristía me habia preocupado mucho en el momento de dormirme y precisamente en ese instante desde mi lecho ví entrar al padre Alejo que venia del jardin, al ponerse la luna, una hora poco mas ó menos antes de amanecer. Este paseo matutino del padre Alejo no me habia sorprendido como un hecho extraordinario. El padre Alejo era el mas sábio de nuestros monges; gran astrónomo, tenia á su cargo la conservacion de los instrumentos de física y de geometría

de que estaba bien proveido el convento. Pasaba parte de la noche haciendo experimentos y contemplando los astros; iba y venia á cualquier hora sin tener obligacion de asistir á los oficios, estando dispensado al propio tiempo de bajar á la iglesia para maitines. Pero habiendo mi sueño traídolo á mi imaginacion púseme á cavilar que era un hombre raro, siempre preocupado, amenudo ininteligible en sus palabras, vagando sin cesar por el convento como alma en pena; en fin discurrí que muy bien pudiera ser él quién el dia anterior, apoyado en la ventana de la sacristía, murmuraba una fórmula de invocacion y habia hecho pasar su sombra por la pared sin sospechar mis temores. Resolví preguntárselo y reflexionando sobre el modo con que acogeria mis preguntas me atreví á provechar este pretexto para trabar conocimiento con él. Acordeme de que este sombrío anciano era el único de quien no habia recibido insulto mudo ó verbal; nunca se habia apartado de mí con horror, parecia ser absolutamente extraño á todas las resoluciones que se tomaban en la comunidad. Verdad es que nunca me habia dirigido una palabra amiga, que nunca su mirada se habia encontrado con la mia, que ni tan siquiera parecia acordarse de mi nombre, pero tampoco guardaba mas atenciones con los otros novicios. Vivía en un mundo aparte, absorto en sus especulaciones científicas. Ignorábase si era piadoso ó indiferente, nunca hablaba mas que del mundo exterior y visible; del otro parecia cuidarse muy poco. Nadie decia bien ni mal de él y cuando los novicios se permitian alguna pregunta sobre él, los monges les imponian silencio, severamente.

Si le confiase mis tormentos pensaba yo, tal vez me diera algun consejo útil; quien sabe si él que pasa la vida tan solo se emocionaria de ver, por vez primera, á un novicio acercársele y pedirle favor. Los desgraciados se buscan y se comprenden. Quizá él tambien sea infeliz y simpaticice con mis dolores. Levanteme y ántes de ir á buscarle entré en el refectorio. Un lego partia pan, pedile y me arrojó un mendrugo como lo hubiera hecho á un animal importuno. Hubiera preferido una injuria á tan muda y brutal compasion. Considerábame indigno de oír la voz humana y se me arrojaba el alimento al suelo, como si en mi abyeccion se me hubiese reducido á arrastrarme con los animales. Cuando hu- be comido este amargo pan humedecido con mis lágrimas, me llegué á la celda del padre Alejo. Esta- ba situada léjos de las demás, en la parte mas alta del edificio al lado del gabinete de fisica. Llegábase á ella por un estrecho balcon suspendido al exterior de la cúpula. Llamé, nadie me contestó y entré. En- contré al padre Alejo dormido en su poltrona con un libro entre manos. Su fisonomía sombría y pen- sativa hasta en el sueño, estuvo á punto de echar á perder mi resolucion. Era un anciano de estatura re- gular, ancho de espaldas, encorvado mas por el es- tudio que por el peso de los años; su calva cabeza estaba cubierta aún hácia el occipucio por negros y encrespados cabellos; sus facciones aunque enérgi- cas no carecian de finura; en su macilento rostro notábase un conjunto inexplicable de decrepitud y de fuerza viril.

Pasé por detrás de su sillón sin hacer ruido al- guno, temiendo enojarle despertándolo bruscamente;

apesar de mis precauciones, notó mi presencia y sin levantar su grave cabeza, sin abrir sus hundidos ojos, sin manifestar descontento ni sorpresa me dijo:

—Te oigo.

—Padre Alejo.... le dije con tímida voz.

—¿Por qué me llamas padre? repuso sin cam- biar de tono, ni de actitud; no acostumbras á llama- rme así. No soy tu padre, ántes bien tu hijo, aún cuando esté marchito por la edad, mientras que tu permaneces eternamente jóven y eternamente her- moso.

Tan extraño discurso perturbaba todas mis ideas; guardé silencio y el monge añadió:

—Pues bien habla, te escucho. Bien sabes que te amo como al hijo de mis entrañas, como al padre que me dió el sér, como el sol que me alumbra, como al aire que respiro y mas que á todo esto aún.

—¡Oh! padre Alejo le dije asombrado y conmo- vido al oír salir palabras tan suaves de tan rígida boca, no es á mí, mísera criatura, á quien se dirigen tan tiernos sentimientos. No soy digno de semejan- te afecto, ni tengo la dicha de inspirarlo á nadie, pero ya que os sorprende en medio de un sueño fe- liz, puesto que el recuerdo de un amigo alegra vuestro corazon, séame propicio vuestro dispartar, buen padre Alejo, que vuestra mirada caiga sobre mí sin cólera, que vuestra mano no rechace mi hu- millada cabeza cubierta con las cenizas del dolor y de la expiacion.

Hablando así, arrodilleme á sus piés y esperé que dirigiese sus ojos hácia mí. Mas apenas me vió,

se levantó poseído á un mismo tiempo, de furor y de espanto. El fuego de la ira brillaba en sus ojos, un sudor frio corria por sus despejadas sienes.

—¿Quién sois? exclamó. ¿Qué me quereis, qué venís á buscar aquí? No os conozco.

Vanamente procuré calmarle con mi humilde postura y con mis miradas suplicantes.

Sois un novicio, prosiguió y yo nada tengo que ver con ellos. No soy ni director de conciencias, ni dispensador de favores. ¿Por qué venís á expiarme durante mi sueño? No sorprendereis el secreto de mis pensamientos. Volved hácia los que os envian, decidles que poco me queda ya que vivir y que pido se me deje tranquilo. Salid, salid, tengo que trabajar. ¿Por qué habeis violado la consigna que prohíbe acercarse á mi laboratorio? Exponeis vuestra vida y la mia; idos pues.

Obedecí tristemente y me retiré á paso lento por la galeria exterior, desanimado y quebrantado por el dolor. El padre Alejo me habia seguido hasta afuera para cerciorarse de que me marchaba. Cuando llegué á la escalera me volví y vile de pié con los ojos inflamados y los lábios contraídos aún por la desconfianza. Con un gesto imperioso me ordenó alejarme. Procuré obedecerle, mas no tenia fuerza para andar, ni tan siquiera para vivir. Perdí el equilibrio, rodé algunos escalones y en mi caída estuve á pique de verme arrastrado por encima de la barandilla y caer desde lo alto de la torre al suelo, haciéndome añicos en el pavimento.

El padre Alejo dió un salto hácia mí con la fuerza y la agilidad de un gato. Me cogió y sosteniéndome en brazos.

¿Que teneis pues, me dijo con tono áspero, pero lleno de solicitud. ¿Estais enfermo, desesperado, loco?

Baluceé algunas palabras y ocultando mi cabeza en su pecho, me deshice en lágrimas. Cogióme entónces como si fuese un niño de cuna y me colocó en su poltrona, frotó mis sienes con un líquido espirituoso y humedeció con él mis narices y mis frios lábios. Despues viendo que recobraba los sentidos me preguntó con agrado. Entónces le abrí mi alma; contéle las angustias á las cuales me abandonaban, hasta rehusarme el socorro de la confesion. Protesté de tales iniquidades; probé mi inocencia; mis buenas intenciones, mi paciencia y quejeme amargamente de no tener un solo amigo que me consolase y me fortaleciese en esta prueba superior á mis fuerzas.

Escuchóme al principio con un resto de temor y de desconfianza; poco á poco iluminóse su austera frente y al concluir la relacion de mis penas, gruesas lágrimas corrian por sus chupadas mejillas.

—¡Pobre niño, me dijo, hé ahí lo que me han hecho sufrir á mí! ¡Víctima, víctima de la ignorancia y de la impostura!

A estas palabras creí reconocer la voz que habia oido en la sacristia y cesando de inquietarme por ello, no pensé en pedirle explicaciones de esta aventura; tan solo me llamó la atencion, el sentido de esta exclamacion y viendo que permanecia ensimismado, le supliqué me dejase oír otra vez su voz amiga, tan cara á mi corazon en medio de mi angustia.

—¿Jóven, comprendisteis lo que haciais cuan-

do entrasteis en el claustro? ¿Os dijisteis que ibais á encerrar vuestra juventud en la noche de la tumba, resolviéndoos á vivir en brazos de la muerte?

—¡Oh! padre le dije, lo he comprendido, lo he resuelto, lo he deseado, lo deseo aún; pero era para la vida del siglo, para la vida de la carne; para la que consentia morir.

—¡Ah! tu has creído hijo que se te dejaría la del alma ¿te has entregado á los frailes y has podido creerlo?

—He querido dar vida á mi alma, he tratado de elevar y de purificar mi espíritu, á fin de poder vivir por Dios en el espíritu de Dios, pero hé aquí que en lugar de acogerme y de ayudarme se me arranca violentamente del seno de mi padre y se me deja en las tinieblas de la duda y de la desesperacion.

—*¡Gustaus, gustavi paululum mellis el ecce morior!* dijo el monge con aire sombrío, sentándose en su cama, y cruzando los brazos sobre su escuálido pecho, cayó en profunda meditacion.

Después levantándose y andando precipitadamente, me preguntó:

—¿Como os llamais?

—Hermano Angel para servir á Dios y honraros, contesté; pero no escuchó mi respuesta y después de un momento de silencio añadió:

—Os habeis equivocado: si quereis ser monge, si tratais de habitar el claustro, es preciso que cambiéis todas vuestras ideas, de lo contrario *¡morireis!*

—¿Debo morir pues por haber probado la miel de la gracia, por haber creído, por haber esperado, por haber dicho: «Señor, amadme.»

—¡Sí, por eso morireis, repuso con fuerte voz y paseando á su alrededor selváticas miradas, y cayó otra vez en su delirio sin hacer caso de mí. La permanencia á su lado empezaba á hacérseme penosa; sus entrecortadas palabras, su aspecto áspero y desazonado, aquellos intervalos de sensibilidad, seguidos al momento de profunda indiferencia, todo en él tenia el carácter de alienacion. De pronto reiteró su pregunta y me dijo con un tono casi imperioso:

—¿Vuestro nombre?

—Angel contesté con suavidad.

—¡Angel! exclamó mirándome con aire inspirado. Háceme pronosticado: «Hacia el fin de tus dias te será enviado un ángel; le reconocerás por la flecha que le atravesará el corazon. Se te presentará y te dirá:

Arráncame esta saeta que me da la muerte... y si lo ejecutas caerá enseguida la que te dilacera, se cerrará tu llaga y vivirás.

—Padre, le dije, no conozco este texto, no lo he encontrado en ninguna parte.

—Es que tu sabes pocas cosas, me contestó poniendo amistosamente la mano sobre mi cabeza; es que no has encontrado aun la mano que ha de sanar tu herida; pero yo comprendo la palabra del *Espíritu* y te conozco. Tu eres el que debia presentármeme; te reconozco ahora; tu cabellera es rubia como la cabellera del que te envia. Hijo, bendito seas y cúmplase en tí el poder del Espíritu.... Tu eres mi querido hijo y de hoy en adelante tu solo gozarás de todo mi cariño.

Estrechóme sobre su seno y habiendo levanta-

do los ojos al cielo, pareció sublime. Su fisonomía tomó una expresión solo comparable á la que habia visto en las cabezas de santos y apóstoles en los cuadros maestros que adornaban las paredes del convento. Lo que habia juzgado extraviado adquirió á mis ojos el carácter de la inspiración. Creí ver un arcángel y doblando la rodilla prosternéme á sus piés.

Colocó entonces sus manos sobre mi cabeza, diciendo:

—Cesa de padecer; deje de rasgar tu alma la acerada saeta del dolor, no hiera mas tu pecho el emponzoñador dardo de la injusticia y de la persecución, no por mas tiempo humedezca insensibles mármoles la sangre de tu corazón. Sé consolado, sé curado, sé fuerte, sé bendecido. Levántate.

Verifiquélo y sentí mi alma inundada de tal consuelo y mi espíritu fortalecido por una esperanza tan viva, que exclamé:

Sí, háse cumplido en mí un milagro y reconozco ahora que sois un santo ante el Señor.

—No hables así hijo mio de un hombre débil y desdichado, me dijo con tristeza; soy un ser ignorante y limitado, de quien algunas veces ha tenido compasión el *Espíritu*. Alabado sea ahora, pues he tenido el poder de curarte. Vé en paz, sé prudente, no me hables en presencia de persona alguna y venme á ver siempre á escondidas.

—No me despedais aun, padre, le dije: ¿quién sabe cuando podré volver? Hay castigos tan severos para los que se acercan á vuestro laboratorio, que quizá trascorra mucho tiempo ántes de poder disfrutar de nuevo del encanto de vuestras palabras.

—Es preciso que te deje y que *consulte*, repuso el padre Alejo. Es muy posible que se te persiga por el cariño que vas á depositar en mí, pero el Espíritu te dará fuerza para vencer todos los obstáculos, pues me ha predicho tu venida y lo que debe cumplirse *está dicho*. Sentóse en su poltrona y cayó en profundo sueño. Largo rato contemplé su cabeza, en la que se veía impresa una serenidad de sobrenatural belleza, sumamente diferente en aquel momento de lo que me habia parecido al principio; besé despues respetuosa y amorosamente la punta de su hábito pardo y me retiré sin hacer ruido. Cuando cesé de experimentar el embeleso de su presencia, parecióme un sueño cuanto acababa de pasar entre los dos. Yo tan creyente, tan ortodoxo en mis estudios, yo á quien la sola palabra de herejía me hacia estremecer de espanto y de horror ¿por qué frases habia sido fascinado y en qué forma habia dejado unir clandestinamente, mi destino á aquel destino desconocido? Alejo me habia inspirado el espíritu de desobediencia contra mis superiores, contra esos hombres á quienes debia creer y habia creído siempre infalibles.

Hábame hablado de ellos con profundo desprecio, con un odio concentrado y me habia dejado sorprender por las imágenes y la oscuridad de su lenguaje. Mi memoria reproducía ahora todo lo que hubiese debido hacerme dudar de su fé y me acordaba con terror de haberle oido citar ó invocar á cada instante el nombre del *Espíritu* sin añadir nunca el epíteto sagrado con el cual designábamos la tercera persona de la divina Trinidad. Quizá habia puesto sus manos en mi cabeza en nombre del

maligno espíritu. Tal vez habia contraído alianza con los de las tinieblas, al recibir las caricias y consuelos de aquel sospechoso monge. Halleme turbado y agitado y me fué imposible cerrar los ojos en toda la noche. Lo mismo que la precedente dormime ya de dia y me levanté tarde. Me avergoncé entonces de haber pasado tanto tiempo sin ejercicios piadosos; entré en la iglesia y rogué ardientemente al Espíritu Santo me iluminase y preservase de los lazos del tentador.

Sentime tan triste y tan poco fortalecido al salir de la iglesia, que me consideré ya en camino de perdicion y resolví confesarme. Escribí al padre Hegesipo suplicándole me escuchase, pero por uno de los conversos mas groseros me hizo dar una contestacion verbal insultante con una negativa absoluta. Al propio tiempo se me intimó por el mismo converso, la órden de salir de la iglesia y de no poner nunca los piés en ella ántes de concluir los oficios de la noche. Aun mas: si algun religioso prolongaba su rezo en el coro ó entraba en él para entregarse á algun acto de devocion particular, debia yo en el momento purgar la casa del Señor de mi impuro hálito y ceder mi puesto á un servidor de Dios.

Esta inicua determinacion me hirió de tal modo que una insensata cólera se apoderó de mí. Salí de la iglesia furioso golpeando las paredes con los puños. El converso me echó fuera llamándome blasfemador y sacrilégio.

En el momento que atravesaba la puerta del fondo del coro que daba al jardin, no me faltó casi nada para que el sentimiento y la indignacion me hiciesen perder los sentidos. Bamboleé, una nube

cubrió mis ojos, pero pudo mas el orgullo que el dolor, eché á correr hácia el jardin ladeándome para hacer lugar á una persona que ví en el umbral de la puerta frente por frente de mí. Era un jóven de deslumbrante hermosura, iba vestido á usanza extranquera; aun cuando estuviese cubierto por una capa negra parecida á la de los superiores de nuestra órden, llevaba debajo una chaqueta corta de paño fino, sujeta por un cinturon de cuero con hebilla de plata como los antiguos estudiantes alemanes. Al igual de ellos calzaba unos botines en lugar de las sandalias de nuestros monges y sobre el cuello de su camisa, vuelto y blanco como la nieve, caia en grandes tirabuzones dorados la mas hermosa cabellera rubia que habia visto en mi vida. Era alto y su actitud elegante parecia revelar la costumbre del mando. Respetuoso é incierto, me incliné ligeramente. No me devolvió el saludo pero sonrióse con aire bondadoso mientras que sus ojos de un severo azul se endulzaron para mirarme con tan tierna compasion que jamás sus facciones se han borrado de mi mente. Detúveme, esperando que me hablaría, creyendo por la magestad de su aspecto que tenia el poder de protegerme, pero el converso que venia tras de mí y que no parecia haber fijado su atencion en él le obligó brutalmente á retirarse hácia la pared y me empujó de tal modo que casi me hizo caer. No queriendo empeñar una lucha deshonorosa con aquel hombre grosero, me apresuré á salir. Despues de haber dado tres pasos por el jardin volvíme y ví al desconocido que de pié permanecía en el mismo lugar y me seguia con la vista, solícito y afectuoso. El sol daba de lleno sobre su rostro y hacía resplandecer su

dorado cabello. Suspiró y levantando sus hermosos ojos hácia el cielo como llamando sobre mí el socorro de la eterna justicia y tomarla por testigo de mi infortunio, se volvió pausadamente hácia el santuario, entró en el coro y se perdió en la oscuridad pues la brillante claridad del día hacía parecer tenebroso el interior de la iglesia. A pesar y á despecho del converso, deseaba volver atrás para seguir al noble extranjero y comunicarle mis penas; ¿pero quien era él para acojerlas y hacerlas cesar? Por otra parte si cautivaba las simpatías todas de mi alma, me inspiraba también una especie de temor pues su fisonomía era tan austera como agradable.

Subí á la celda del padre Alejo y le conté las nuevas crueldades con que se habían cebado en mí.

—Porque habeis dudado hombre de poca fé? me dijo con tristeza ¡Os llamais Angel y en lugar de reconocer el espíritu de vida que respira en vos, os habeis arrojado á los pies de un hombre ignorante pidiendo vida á un cadáver! Ese estólido director os rechaza y os humilla; hallais el castigo en vuestra misma culpa y vuestro padecimiento nada tiene de noble, vuestro martirio nada de útil, pues sacrificais las fuerzas de vuestro entendimiento á ideas falsas y mezquinas. Por lo demás, yo habia previsto lo que sucede; me temeis é ignorais si soy el servidor de los ángeles ó el esclavo de los demonios. Habeis pasado la última noche comentando mis palabras y habiais resuelto venderme esta mañana á mis enemigos por una absolucion.

—¡Oh! eso no, exclamé yo, hubiérame confesado de cuánto me era personal, sin pronunciar vuestro nombre, sin soltar una sola de vuestras palabras.

¡Ay! ¿también vos sereis injusto conmigo, seré rechazado de todas partes? El templo de Dios se ha cerrado para mí ¿lo estará también vuestro corazón? El padre Hegesipo me acusa de impio; ¡y vos, padre, me tachais de cobarde.

—Es que lo habeis sido me respondió el padre Alejo. El poder de los monges os dá miedo, su odio os espanta. Envidiais las caricias y las zalamerías que prodigan á discípulos incapaces. No sabeis vivir solo, sufrir solo, amar solo.

—¡Pues bien! padre mio es verdad, no sé vivir sin afectos, tengo esta fragilidad, esta cobardía si quereis. Soy tal vez un carácter débil, pero siento en mí una alma expansiva y necesito un amigo. Mi espíritu es tan tímido que no halla en sí mismo fuerza para abrazar á ese Dios todopoderoso y arrancar de su mano los dones de la gracia. He menester un mediador entre el cielo y yo. Sónme precisos sus consejos, su apoyo y su intercesion. Es forzoso que me amen, que trabajen conmigo y para mí para mi solvacion. Es indispensable que alguien una sus oraciones á las mías, que me ayuden á esperar, que se me recuerden las recompensas eternas; de otro modo, dudo no de la bondad de Dios, sino de mis intenciones. Tengo miedo del Señor, porque lo tengo de mí mismo. Me entibio, me desanimo, siento que desfallezco, mi cerebro se turba y no distingo ya la luz del cielo de la del infierno. Busco apoyo y aun cuando lo encontrara en un desapiadado dueño que sin parar me castigara, lo preferiria á un padre indulgente que me olvidase.

—¡Pobre ángel extraviado en el suelo! dijo el padre Alejo con enternecimiento; ¡chispa de amor

desprendida de la aureola del Señor y condenada á anidar bajo las cenizas de esta miserable vida!

En tus tormentos reconozco la naturaleza divina que me animó en mi juventud, antes que las tinieblas del endurecimiento hubiesen cubierto mis ojos, antes de haber helado bajo el silicio los latidos de este mi corazón ardiente, antes que mis comunicaciones con el espíritu fuesen penosas, raras, dolorosas é incompletas para siempre. Harán de tí, lo que han hecho de mí. Llenarán tu espíritu de punzantes dudas, de pueriles remordimientos y de necios terrores. Te volverán enfermizo, viejo antes de tiempo, frágil de espíritu; y cuando habrás sacudido todas las trabas de la ignorancia y de la impostura, cuando te sentirás bastante iluminado para rasgar las vendas de la superstición, ya no tendrás fuerzas para ello. Tu fibra estará relajada, tu vista turbia, tu mano trémula, tu cerebro perezoso y cansado. Querrás levantar los ojos hácia los astros y tu grávida cabeza caerá estúpidamente sobre tu pecho; querrás leer y ridículas fantasmas danzarán ante tu vista, querrás hacer revivir tus recuerdos y mil inciertos resplandores fatigarán tu agostada memoria; querrás meditar y te quedarás dormido en la silla, y si durante tu sueño el Espíritu te habla lo hará en términos tan oscuros que no podrás explicar al despertarte. ¡Ah víctima, víctima! te compadezco y no puedo salvarte.

Hablando así tiritaba como hombre calenturiento: su ardiente hálito parecía rarificar el aire de la celda y al observar la dejadez de su cuerpo parecía que apenas le quedaban algunos momentos de vida.

—Buen padre Alejo, le dije ¿vuestro afecto pa-

ra conmigo está ya pues cansado? He sido débil y crédulo, es verdad, pero me parecíais tan fuerte que creía encontrar en vos bastante calor para perdonar mi falta, para borrarla y fortalecerme de nuevo. Mi alma cae en los abismos de la muerte con la vuestra, ¿no podeis como ayer hacer un milagro que á ambos nos reanime?

El Espíritu no está conmigo hoy, dijo. Estoy triste, dudo de todo y aun de tí. Vuelve mañana, quizá esté iluminado.

—¿Y que será de mí hasta entónces?

—El Espíritu es fuerte, el Espíritu es bueno, quizá te ayudará directamente. Entretanto quiero darte un consuelo para dulcificar los sinsabores de tu situación. Conozco el motivo por el cual los monges han adoptado contigo ese sistema de inflexible malignidad; así obran con todos aquellos cuyo espíritu de justicia y natural rectitud les inspira temor. Han presentido que eres hombre de energía, sensible á los ultrages, compasivo, enemigo de feroces y viles pasiones y hánse dicho: En semejante individuo no hallaremos un cómplice, sino un juez y han tratado de hacer de tí lo que hacen de todos aquellos cuya virtud les espanta y cuyo candor les estorba. Intentan embrutecerte, borrar en tí toda nocion de lo justo y de lo injusto por medio de la persecucion; quieren limar tu generosa energía con inútiles padecimientos. Quieren con misteriosas y viles maquinaciones, con enigmas mudos y castigos sin objeto acostumbrarte á vivir bestialmente en el amor y estima de tí mismo, no importándote de simpatías, perdiendo toda confianza, careciendo de afecciones. Quieren hacerte desesperanzar de la bon-